



UNA CALLE DEL CAIRO.

quier parte mientras esperamos que salga la luna. En el testero de esta primera sala, á cielo descubierto, ábrese una puerta que mira hacia la noche espesa: ese lóbrego recinto con pesado techo de granito, es el «santo de los santos», la parte más alta del templo, la única no invadida aún por el líquido elemento. Ahí desembarcamos.

En las anchas baldosas resuenan tanto nuestras pisadas que los buhos echan á volar... ¡Qué tinieblas más profundas!... La fuerte brisa y el relente nos hacen tiritar. ¿Y hemos de esperar tres horas antes que salga la luna? No, en este sitio tal espera sería mortal. Torneemos á Chelal donde podremos cobijarnos en un cuchitril cualquiera.

*
* *

Zahurda de horrible poblado iluminada por una lámpara eléctrica. Este bodegón del desierto, que nos apesta con su hedor de ajeno y en que humea la lumbre de un brasero, se construyó pre-

cipitadamente con latas de conservas alimenticias y cajas que contuvieron botellas de whisky; debe al gusto del dueño, vagamente maltés de origen, un decorado cuyo principal atractivo consiste en dibujos de las revistas pornográficas de Europa. Mientras dura nuestra espera advertimos un entrar y salir constante de nubios y árabes sedientos, para quienes se expende el alcohol á medida del deseo. Son obreros de las nuevas fábricas, gente que ayer vivían al aire libre y rebosaban de salud; hoy, al contrario, aun bajo el polvo de carbón que los cubre, veréis que tienen caras desmirriadas y ojos torvos que expresan á un tiempo desdicha y maldad...

*
* *

Afortunadamente la luna no tardará en salir, y de nuevo nuestra barca nos lleva lentamente hacia el triste escollo en que hoy se ha convertido Philæ. El viento ha amainado con la noche, como ocurre casi siempre en este país durante